Sebastián *

¿Seremos capaces los cubanos de aprender la lección que nos da Elián?

26 de abril de 2000

Elián, un niño cubano inocente salvado de las aguas traicioneras del estrecho de La Florida, ha dado lugar a la más gigantesca ola de amor y solidaridad que recuerde la historia de Cuba. A la misma hora y con el mismo dolor, pasión y esperanza, a ambos lados de ese estrecho y en muchos otros lugares los cubanos hemos agitado una misma bandera, la bandera de Cuba, y hemos coreado un mismo nombre: Elián.

Este niño sereno, alegre y maravilloso nos ha unido por primera vez en cuatro décadas en un afán común. Ese afán es uno solo: el bien, la felicidad de Elián, su plena realización y desarrollo como niño y, más adelante, como adolescente, como adulto. Por haber despertado en todos nosotros tan elevados sentimientos, tenemos una deuda eterna con Elián.

De lo que Elián es inocente es de la disputa demencial que se ha desatado por su persona. Ante Elián y ante el mundo estamos dando un espectáculo cruel, bochornoso. Hemos contaminado nuestro amor por Elián con los odios ciegos y fratricidas que nos dividen y que en su caso han llegado a límites inimaginables. Hemos convertido al niño salvado de las aguas en víctima propiciatoria de nuestra locura, de nuestra incapacidad de entendernos entre nosotros, de la división de nuestra familia cubana.

¿Alguien puede dudar del amor y la esperanza sublime con que Elizabeth, su madre, depositó a Elián en un neumático en medio de las aguas embravecidas? ¿Alguien puede dudar del amor maravilloso de Juan Miguel, el padre de Elián, por ese hijo salvado del naufragio? ¿Alguien puede dudar del magnífico amor demostrado hacia Elián por sus tíos abuelos Lázaro y Delfín y por su prima Marisleysis? ¿Alguien podría dudar del tierno amor de las abuelas Mariela y Raquel hacia su nieto? ¿Alguien podría dudar del amor del pescador Donato Dalrymple hacia el niño que él y sus compañeros salvaron de la muerte? ¿Alguien puede dudar del amor cristalino de los compañeritos de su escuela de Cárdenas y de sus amiguitos de Little Havana hacia Elián? ¿Alguien puede dudar del amor sincero de todos los cubanos sin excepción hacia Elián?

La tragedia de Cuba y los cubanos es que nuestro enorme amor hacia Elián se esté traduciendo en una exacerbación de nuestros odios. Parecería que en nuestros espíritus ese amor hacia Elián pasara a veces a segundo plano y el odio lograse tomar la delantera. En los últimos meses, Elián, el objeto de nuestro amor, se ha convertido en instrumento de nuestras pasiones, hasta el punto de haberse afirmado que quien se quede con Elián habrá ganado la batalla definitiva. ¿Qué batalla? ¿Puede haber algo más monstruoso que politizar de ese modo la suerte de un niño inocente?

Aparentemente el desenlace del caso Elián gira en torno a dos posibilidades excluyentes: regreso a Cuba y vida del niño con su padre y la familia de la isla o

permanencia en los Estados Unidos y vida con los tíos y la familia de Miami. ¿Es aceptable una disyuntiva de este tipo, teniendo en cuenta las circunstancias y la proximidad entre Cuba y La Florida? La lógica más elemental indica que si el niño volviera a Cuba con el padre y las abuelas que lo aman y con la segunda esposa de su padre y su hermanito, debería mantener vínculos estrechos y constantes con los familiares de Miami que tanto lo aman también y que lo acogieron en el momento de la tragedia. Por el contrario, si Elián se quedara en Miami, debería estar en permanente contacto con su padre y la familia de Cuba. La conveniencia de que el niño y sus familiares pudiesen mantener una relación fluida y viajar de visita en una u otra dirección parece evidente. Más todavía, ¿es inevitable que Elián tenga que "pertenecer" el resto de su vida únicamente a la isla o únicamente al exilio? Siendo un niño amado por los cubanos de ambas riberas del estrecho y teniendo la suerte de poseer familias bien constituidas a ambos lados, ¿no sería lógico que pudiera residir un tiempo en un lugar y un tiempo en el otro, según lo que decidan sus mayores y él mismo de acuerdo con sus conveniencias y deseos en las diversas etapas de su crecimiento, de sus estudios y de su vida?

Mientras los cubanos nos mostramos los dientes y sus familiares se disputan por él, Elián nos da la lección de su sonrisa: de la mano de sus tíos y de su prima de Miami, Elián sonríe con mirada luminosa; en brazos de su padre o jugando con su hermanito, Elián sonríe con la misma pureza. En uno y otro campo se habla del siniestro lavado de cerebro que Elián habría sufrido, estaría sufriendo o podría sufrir... Por fortuna, al margen de esos vaticinios agoreros y en medio de su tragedia, Elián sigue siendo un niño espontáneo y fuerte que hasta ahora no hemos logrado contaminar con nuestros odios ni destruir con nuestras presiones, con lo que ha demostrado ser superior a nosotros.

Elián es el cubano del futuro y no tenemos derecho a imponerle nuestros errores y divisiones del pasado. A él le tocará vivir el tiempo inevitable del reencuentro de los cubanos, cuando todos volvamos a ser la familia alegre, esforzada, acogedora, fraternal que siempre hemos sido. Al sobrevivir en un frágil neumático entre tiburones, Elián superó el abismo artificial que durante demasiados años ha representado el estrecho de la Florida entre nosotros, como símbolo de nuestra absurda polarización irreconciliable. Dondequiera y con quienquiera que viva en el futuro, Elián, gracias a la fortaleza que ha demostrado y al amor de todos los cubanos, está llamado a situarse por encima de ese abismo y a ser el símbolo de la necesaria superación de ese abismo. Si seguimos empeñados en hundirlo de nuevo en ese abismo, nos hundiremos nosotros con él. Aprendamos de Elián, seamos dignos de Elián, apoyemos a Elián. No lo agobiemos. Démosle con discreción y modestia nuestro amor. Dejemos vivir en paz al niño Elián González Broton.

* Seudónimo "cubano" de Eduardo Labarca.